

reyes, pero lo somete á Dios; los pueblos tienen obligacion de obedecerles, pero ellos tienen la de gobernarlos con justicia y amor. En el tratado *Del conocimiento de Dios y de sí mismo* expone con sencillez la filosofía de su tiempo; establece la distincion entre la sensacion y la inteligencia, que negaron despues los secuaces de Locke; entre el sentimiento y el juicio, confundidos despues por Condillac; y entre la inteligencia y la imaginacion, que tambien confundieron despues Reid y Stewart.

La educacion del delfin, de cuyo desempeño tenia que pedir cuenta la Europa entera y la posteridad, no podia ciertamente ser confiada á mejores manos; pero el reinado de Luis XIV se prolongó tanto, que tuvo tiempo de envejecer el delfin sin heredar el trono, y aun llegó á ser hombre su hijo, el duque de Borgoña, llamado el delfin jóven. Este fué deudor de particulares cuidados á un prelado, digno de competir con Bossuet. Francisco Fenelon del Quercy quiso al principio tomar parte en las misiones del Canadá, y despues en las de los pueblos decaidos del Oriente; pero no pudo verificarlo por tener que instruir á las *nuevas católicas*, y que convertir á los protestantes de las Cevenas. Escribió para madama de la Beauvilliers el tratado *De la educacion de las niñas*, lleno de sensatez y de aquella delicadeza que requiere cuanto tiene relacion con el bello sexo. Su discurso acerca de las misiones extranjeras, y el que hizo para el arzobispo de Colonia, son de una elocuencia esplendente y atractiva, pero lo que poseia en alto grado era el don de agradar á todos, grandes y pequeños, principes, mujeres, sacerdotes y soldados. Elegido para educar al delfin jóven, y conociendo la importancia de su cargo para el futuro bienestar de los pueblos, sigue con tranquila atencion los extravijs del fogoso temperamento de su alumno, y del mismo error hace brotar la leccion; escribe segun las circunstancias, hoy una fabula, mañana un diálogo entre muertos, compendios é historias: todo para el futuro rey. En su tratado *De la existencia de Dios*, demostrándola por las causas finales, abre campo á su imaginacion descriptiva sin que deje de emplear la lógica mas eficaz. Si Bossuet veia en su real discípulo al heredero de un rey absoluto, Fenelon reconocia en el suyo al depositario de una monarquía templada, por lo cual se proponia sustituir al ruinoso despotismo un gobierno de consejos, donde todo se hiciese por reglas y consultando á la nacion: por esto hablaba con frecuencia de las libertades que era conveniente restaurar, y presentaba á los antiguos principes bajo aspecto benévolo y como modelos de virtud.

En este sentido escribió el *Telemaco*: libro el mejor limado entre los del siglo XVII, y sin rival entre los del XVIII por lo atrevido. Cediendo á la moda de la erudicion, siguió las huellas de Homero, excediéndole en minuciosidades á causa de la falta de versos. Repugnaban á la sencillez del autor griego que tomó por modelo aquellos

numerosos incidentes en cuyos desenlaces entra siempre lo maravilloso; sobran los discursos, sobran las sentencias, y es cosa extraña el presentar los amores de Calipso y Eucaris como leccion á los hijos del rey de Francia. Un Cristiano que describe el Olimpo, un eclesiástico que describe el amor, por fuerza debe carecer de calor y de verdad. Pero con preferencia al arte debemos parar mientes en su mira de formar un buen príncipe para la nacion, dando sólidas y justas lecciones por boca de otros héroes, presentando un sistema completo de economía, distinto del que dominaba; demostrando la necesidad de dar al pueblo participacion en el poder; por cuyo medio hubiera podido evitarse la necesidad de la revolucion, induciendo á los reyes á conceder lo que el progreso del nuevo siglo hacia indispensable. Un copista bastante sagaz para comprender tales bellezas, y bastante indiscreto para intentar aprovecharse de ellas, lo mandó imprimir en Holanda en 1699, sin conocimiento del autor. La procedencia del libro hizo creer que su contexto era una sátira contra la corte: se dió por retratado á Luis XIV en el vanidoso y triunfante Sesóstis y en Idomeneo que corrompe á Salento por medio del lujo, al paso que deja desatendidas las cosas necesarias; se indicó á Louvois en Protesilao, enemigo de los capitanes que sirven al Estado mas que al ministro. Las alusiones, verdaderas ó imaginadas, compensaron lo desagradable de los discursos retóricos, las prolijas relaciones, las mal tejidas aventuras y las descripciones hechas sin mas objeto que el de describir. La conciliacion y la templanza que respiran sus páginas agradaron á la cansada Europa, y fué el libro mas leído; tanto que el rey tomó por insulto hecho á su gloria el homenaje universal tributado á su súbdito. Pero no hay que imaginar que toda la política de Fenelon esté comprendida en el *Telemaco*, ni menos que pensase en aplicar á un vasto reino las instituciones de la pequeña Salento. Á la muerte de su augusto discípulo, Luis y la Maintenon se encerraron en sus habitaciones para dar al fuego los escritos destinados á la educacion de aquel; escritos donde reinaba tal fondo de libertad, que parecian censurar al gobierno de la época, y preparar otro diferente para lo porvenir. Algunos escaparon, sin embargo, de aquellos despóticos celos, en particular un *Exámen de conciencia sobre los deberes del reinado*, donde Fenelon excitaba al duque de Borgoña á meditar acerca de las verdades que ponía ante sus ojos, imponiéndole la instruccion, la ejemplar conducta, la justicia, y revelándole las ilusiones que rodean á un príncipe. Despues, cuando el astro de Luis se eclipsaba, Fenelon, apartado de la corte y por lo mismo mas exento de sus preocupaciones, escribió muchas *Memorias* (1), señalando los males del reino y los

(1) Se celebra á Montesquieu por haber sido el primero que dió una definicion de las leyes, aplicable á toda la naturaleza; pero en el opúsculo titulado: *Essai politique sur le gouverne-*

remedios á propósito para evitar la guerra de España, y proclamando una y otra vez su injusticia y la necesidad de volver á la paz. Inculcaba especialmente la idea de restablecer las atropelladas franquicias de la nacion y hermanar á esta con el rey convocando á los notables, único medio de evitar la ruina, supuesto que el despotismo es débil en extremo bajo la apariencia de la fuerza (1), pensamiento cuya realizacion hubiera anticipado el año 1789, tal vez sin sus atroces consecuencias. Pero es preciso confesar que muchas veces sueña en imposibles; ve el bien, y no ve las circunstancias que lo combaten; queria acabar con los espías de oficio, y encargar el desempeño de su cometido á personas honradas.

La Maintenon quiso que Fenelon le manifestase los defectos que en ella conociese; empeño que supo cumplir con la necesaria, aunque prudente franqueza. Véase el contenido de uno de sus párrafos.

«Atendiendo á que el rey, no tanto se conduce por máximas fijas cuanto por la influencia de los que le rodean, lo esencial consiste en rodearle de personas virtuosas que obren de concierto con vos para hacerle comprender toda la extension de sus deberes; de los que no tiene ninguna idea... El gran punto está en asediario, pues que él lo quiere así, y en gobernarlo ya que quiere ser gobernado. La salvacion de su alma depende de que viva en medio de personas rectas y desinteresadas. Vos debéis, pues, emplearos exclusivamente en inspirarle ideas de paz, y sobre todo el alivio de los pueblos, moderacion, equidad, desconfianza hácia los consejos duros y violentos, horror á los actos de autoridad arbitraria, amor en fin á la Iglesia, y aplicacion en proporcionarla pastores santos (2).»

Era Fenelon demasiado ajeno al universal espíritu de lisonja para que pudiese ser bien querido del rey, el cual estaba resentido porque nada le pedia despues de cinco años que tenia á su cargo la educacion del delfin, y porque cuando fué nombrado arzobispo de Cambrai, contestó que aceptaria bajo la condicion de residir en su diócesis sin ir á la corte mas que durante los meses de vacaciones; pero sobre todo cuando llegó á odiarle fué cuando apareció el *Telemaco*, por mas que Fenelon protestase de su inocencia, tanto respecto de la publicacion cuanto de las alusiones. Fenelon, alma tierna,

*ment civil*, en que el caballero de Ramsay expone las conversaciones de Fenelon con el pretendiente de Inglaterra, se lee lo siguiente al principio del cap. 3: «La loi en général n'est au chose que la règle, que chaque être doit suivre pour agir selon sa nature. C'est ainsi que, dans la physique, on entend, par les lois du mouvement, les règles selon lesquelles chaque corps est transporté nécessairement d'un lieu dans un autre; et dans la morale, la loi naturelle signifie la règle, que chaque intelligence doit suivre librement par être raisonnable.»

(1) Lo veremos en el cap. 25.

(2) Bausset, *Hist. de Fénelon*: Versalles, 1817, tomo I, p. 225. Véase ademas á Gosselin, *Hist. littéraire de Fénelon*: Paris, 1846.

sabe gemir como la paloma al sentir la herida, sin que carezca de la sagacidad de la serpiente para devolver ofensa por ofensa; ama á los hombres mas de lo que los conoce; vive en su elemento puro, aunque no tiene seguridad en el vuelo; sus imágenes son bellas, sus ideas correctas; pero no hay en su estilo aquella perfeccion que obliga á recordar los pensamientos precisamente con las mismas palabras con que están expresados. No reúne la fuerza á la delicadeza; se para á la mitad de la subida, en vez de lanzarse á la cumbre como Bossuet, que pomposo y sublime, popular é ingenuo, conoce el lenguaje de los reyes, el de los políticos, el de los capitanes, el del pueblo, el de los doctos, el del aldeano, el de la escuela, el del santuario, el del tribunal, así se vale de lo pomposo como de lo trivial, de lo anticuado como de lo nuevo; y son sus palabras, como sus ideas, várias, comunes, sublimes. Fenelon es voz de sabiduría, Bossuet lo es de autoridad; este condena á los culpados, aquel ofrece el pasto á las ovejas descarriadas; el uno inspira la aficion al bien, el otro lo impone como una necesidad. Fenelon, imitando, se ve precisado á revestir de ideas paganas el fondo cristiano; Bossuet, grande porque es uno, revela en todas ocasiones la grandeza de la Iglesia Católica, así en la ciencia como en la práctica, en la historia como en la controversia: de aquí su originalidad, aun en los casos en que marcha por las huellas de los antiguos.

Estos dos grandes nombres hubieron de hallarse frente á frente con motivo del quietismo. Miguel Molinos, natural de Zaragoza, personaje de prestigio y consultado para los mas difíciles casos de conciencia, publicó en Roma una *Guía espiritual* (1675) que enseñaba una teología mística, por la que el alma enamorada de Dios puede alcanzar por intuicion verdades inaccesibles á la razon y á la dogmática, y emancipada del pecado, llegar al trono de Dios por medio de la quietud interior y de la oracion. No necesita de palabras la oracion (decia el libro) sino que un santo silencio nos aproxima á Dios; y la oracion hecha de esta suerte es libre en su actividad y en el impetu de la imaginacion. Para esta oracion no apele el Cristiano á Dios ni á las criaturas; ignore lo que Dios opera en él, á fin de evitar el engañarse creyendo que ha contribuido al bien; pero reciba pasivo la sensacion de la luz celestial sin ejercer acto alguno de amor, de adoracion ni de piedad. En esta *quietud* el alma nada desea, ni aun su salvacion; nada teme, ni aun el infierno: no experimenta mas afecto que el de un total abandono á la voluntad de Dios. Una vez conseguido este estado de *perfecta contemplacion*, el alma no necesita de sacramentos ni de buenas obras; los mas culpables antojos pueden tocar la parte sensitiva del alma sin contaminarla y sin llegar á la parte superior, donde residen la inteligencia y la voluntad. Dios la somete á un martirio espiritual, induciéndola á graves tentaciones para purgarla

y darle á conocer su propia abyeccion; pero no hay que espantarse de ellas, hay que mirárlas con desprecio, que es el sentimiento mas injurioso para el espíritu del orgullo, esto es, para el demonio. Así, pues, debe dejarse obrar al enemigo á su capricho, permaneciendo en calma; pues aun cayendo en impureza, el alma quedará mas tersa y purificada. El que muestra aficcion por haber caído, ese muestra orgullo: no sabe que Dios guía al hombre á su salvacion, no solo por medio de las virtudes, sino tambien por medio de los vicios, y no prefiere al que mas obra ó mas ama, sino al que mas sufre.

Quietismo.

La cuestion de la Gracia fué llevada en dicho libro mucho mas allá que lo hicieron en los suyos los jansenistas, y hasta el punto de deducir el aniquilamiento de las facultades del hombre, suponiendo que todo acto es ofensivo á Dios, y contrario á la verdadera perfeccion que él quiere operar en nosotros sin nuestro concurso, y que el dirigirle una plegaria sería como pretender que por consideracion á nosotros alterase su inmutabilidad.

La perspicaz mirada de los Jesuitas de Roma no tardó en descubrir el peligro de tales doctrinas; y como Molinos gozaba fama de santidad hasta para el mismo Inocencio XI, solicitaron la asistencia del padre La Chaise, confesor de Luis XIV, y obtuvieron la condena de sesenta y ocho de sus proposiciones; de cuyas resultas fué encerrado en las cárceles de la Inquisicion, donde permaneció hasta su muerte.

Su doctrina, sin embargo, no desapareció con él, ántes encontró prosélitos en varios puntos. En Sicilia, por ejemplo, una sor Teresa se dejó persuadir, por medio de supuestas iluminaciones, á que era la cuarta persona de la Trinidad y corredentora, hallando crédito en muchos, hasta que fué encarcelada (1). Otros predicaron tambien el quietismo en Francia, aunque exento de formas extravagantes é impías, siendo su apóstol Francisco Le Combe, barnabita saboyano, autor del *Análisis de la oracion mental*. Enamoróse de este con místico amor Juana Maria Bouvières de la Motte Guyon; lo adoptó por hijo, ó como decia ella, lo engendró, y anduvo corriendo con él por Italia y Francia durante diez años, en una intimidad espiritual que escandalizaba á los hombres de escasa fe, mientras sus revelaciones y los socorros y limosnas que prodigaba á los pobres la conquistaban prosélitos. En Paris habia publicado el *Método breve y fácil de hacer oracion* (1681) y una interpretacion del Cantar de los Cantares; en Vercelli, las *Explicaciones del Apocalipsis*, y á su vuelta á Paris, encontró gentes que se habian formado en su doctrina, y explicó lo que ella llamaba las *Vias de lo interior* (1686). En sus predicaciones, que rodeaba de atractivo misterio, se

La Motte Guyon. 1648-1717.

(1) Por entónces, Agustín Gabrini, natural de Brescia, presidia en Roma una sociedad de fanáticos, llamados caballeros del Apocalipsis, que públicamente se decian escogidos para defender la Iglesia contra el Antecristo, próximo á hacerse adorar.

extendia acerca de la oracion, del silencio, de la fe desnuda, y del estado de infancia; y si bien sus mismos enemigos no hallaron en sus costumbres nada que echarle en cara, es tambien verdad que llenó la relacion de su propia vida y las explicaciones del Apocalipsis de visiones que trascienden á libertinaje. El barnabita fué condenado á reclusion (1688), y ella empezó á sufrirla en las Salesas; pero las señoras de la corte, y particularmente la Maintenon, que por seguir la moda se habian interesado en favor suyo, obtuvieron la orden de su libertad apenas se hubo retractado.

Su doctrina se funda en el amor de Dios puro y por sí mismo, sin temores ni esperanzas. Un solo acto de amor basta para elevar el alma á la contemplacion que produce la perfeccion suprema mediante el absoluto abandono á la voluntad divina. Esto supuesto, son inútiles las penitencias exteriores, los ejercicios de piedad y las reglas ó pautas para cooperar á la propia salvacion: hasta los sacramentos son inútiles; basta con que el alma confie tranquila en Dios, sin curarse de la muerte ni de la vida, de la gloria ni del infierno. El hombre obra por amor de sí mismo, siendo así que la causa del amor perfecto que debe comunicarle fervor está fuera de él, pero conviene que un poder superior obre en él de continuo para elevarlo sobre sí propio y hacerle amar segun las leyes inmutables de amor. Esto se alcanza por medio de la oracion, y la oracion mas perfecta es recibir pasivamente las influencias de Dios. Entónces pierde el alma su individualidad, y como su voluntad se halla confundida con la de Dios, no sabe de qué acusarse: de manera que tampoco podrá saber de qué confesarse.

La Guyon habia entresacado textos favorables á su causa de los místicos antiguos y modernos, y principalmente de San Buenaventura, Santa Teresa, Gerson y el cardenal Bona. Decia ademas que el Cristianismo habia tenido tres épocas: el reinado del Padre ántes de la encarnacion, despues el del Hijo, y por último el del Espíritu Santo, que comunicándose con los hombres les hará cumplir la voluntad de Dios, así en la tierra como en el cielo. Suponia tambien (ó estaba persuadida de ello) haber recibido de lo alto una milagrosa autoridad sobre los cuerpos y las almas, y el don de ver en lo recóndito de los corazones. Sufria vivamente por los pecadores hasta que conseguia parárselos á su esposo; durante cuyos espasmos recibia una exuberancia de Gracia que comunicaba á los que se la acercaban, y aun á los que vivian léjos de ella, los cuales se sentian conmovidos, y la invocaban involuntariamente por madre.

Una de estas sensaciones experimentó ella al ver por vez primera al abate Fenelon, sintiéndose vivamente impulsada á confundir su razon con el de este; pero dice que «no encontró correspondencia, lo que la hizo padecer mucho, particularmente por la noche.» Siendo Fenelon maestro del duque de Borgoña, vió con

frecuencia á la Guyon, á cuyo secreto maná solian recurrir las almas gastadas de la corte; y su índole fantástica y dulce por excelencia lo inclinó hácia aquella mujer que, ávida de virtud, con una imaginacion de fuego y una sensibilidad terrible, luchando con lo inexorable del deber, creia buenamente subyugar sus sentidos dando color de devocion á sus exaltaciones. Las austeras costumbres y el vasto talento de Fenelon no la ofrecian coyuntura para visiones y extravagancias; ántes se ceñia con él á discutir gravemente acerca de asuntos graves, de manera que lo dejó persuadido de su santidad. Á instancias de este fué recibida por madama de Maintenon en el colegio que para la educacion de las jóvenes pobres, pertenecientes á la nobleza, habia fundado en Saint-Cyr; pero el obispo de Chártres, alarmado por las conversiones que hacia en las educandas, la mandó cambiar de domicilio. Creyóse ella calumniada, y sometió sus escritos y oraciones al fallo de Bossuet, cuya opinion tenia entónces la supremacia; pero este, que adiestrado en las luchas positivas con los protestantes, no queria oír hablar de misticismo, la persuadió de que sus revelaciones y milagros eran ilusiones de su amor propio, y aun la privó de sacramentos; entredicho que le fué levantado gracias á su sumision inmediata.

1695.

La cuestion versaba sobre el modo de practicar el amor divino; por tanto no podia ménos de ser muy elevada. Bossuet y Fenelon estaban de acuerdo respecto de la naturaleza del misticismo, pero no acerca de su práctica. Entre los dos y otras personas se celebró una conferencia en Issy, donde la Guyon dió explicaciones ortodoxas aun de los pasajes mas extraños de sus escritos: tanto que fué declarada irreprehensible en su fe, y del todo ajena á las abominaciones atribuidas á Molinos; y la doctrina del amor puro y del descanso en Dios quedó reducida á treinta y cuatro artículos. La Guyon hizo sumision con la mayor docilidad y la renovó muchas veces; obtuvo el aprecio de personas las mas íntegras, y ora reclusa, ora puesta en libertad, fugitiva despues, y por último desterrada, terminó sus dias en devocion silenciosa. Bossuet escribió despues la *Instruccion sobre los estados de oracion* en que trató de llenó la materia, reprobando como molinistas muchas opiniones de la misma Guyon á quien ántes habia absuelto; y aunque procuró recabar la aprobacion de Fenelon, no pudo obtenerla.

Es creencia comun la de que Bossuet no queria bien á Fenelon, porque este desde jóven habia adquirido gloria literaria, fama de virtuosísimo y el aprecio universal, y porque al ser nombrado arzobispo de Cambrai habia renunciado á todo otro beneficio, y manifestado que solo estaria al lado de sus reales discípulos durante los tres meses de vacaciones. Como quiera que sea, desde entónces empezó la division entre los dos ilustres prelados y entre los admiradores de Bossuet y los amigos de Fenelon. Este,

para disculpar á los nuevos místicos, tomó á su cargo el comentar los artículos de Issy apoyándolos con opiniones de autores; y en las *Máximas de los Santos acerca de la vida interior* (1697) sostiene que la perfeccion cristiana consiste en la oracion pasiva, y la contemplacion en el amor puro y perfecto de Dios, sin temor ni esperanza; perfeccion excesiva, pero que honra á quien cree poder sobrellevarla. No se hizo esperar el escándalo, acusándosele de predicar un puro quietismo y la indiferencia acerca de la salvacion. Bossuet, que acechaba todo error en materia de doctrina, demostró que el supremo cuidado de nuestra salvacion personal constituye una indispensable condicion general de la eficacia de la moral teológica en la sociedad, que de otro modo caeria en la inercia, pero en el calor de la discusion se le escapó el decir indecoroso paralelo que la nueva Priscilia habia encontrado á su Montano, y se arrojó sobre su adversario con el ímpetu de su elocuencia y de su celo. Fenelon replicó lleno de amor y mansedumbre, aunque como abeja que no carece de aguijon; y el resultado fué que hasta los mismos que le achacaban el haber ido demasiado léjos en las *Máximas de los Santos*, quedaron convencidos de la rectitud de sus miras y de lo ortodoxo de sus explicaciones (1). Bossuet se arrojó á los piés del rey pidiéndole perdon de no haberle revelado ántes los errores de los molinistas enmascarados; y este, predisuelto ya en contra de Fenelon, se horrorizó de haber nombrado preceptor de sus hijos á un hereje, lo relegó á su diócesis, y destituyó de sus empleos á sus parientes. Los cortesanos en su condescendencia anduvieron á quien peor lo trataria: nadie se atrevió ya á cartearse con él: y el mismo duque de Borgoña, su disci-

(1) La Maintenon habia hecho publicar algunas cartas y escritos que Fenelon la habia dirigido, de lo cual se quejó este con razon, pero la rectitud de sus intenciones brilla con un igual esplendor en la correspondencia que por este motivo siguió con dicha señora. «Quand vous le jugerez á propos, j'expliquerai à fond les cas dans lesquels les maximes de mes écrits, quoique vraies et utiles en elles-mêmes pour certains gens, deviennent fausses et dangereuses pour d'autres à l'égard desquels elles sont déplacées. Je m'aperçois aussi les bornes qu'elles doivent avoir pour les personnes mêmes, à qui elles conviennent davantage. Pour peu qu'on les pousse trop loin, on les rend pernicieuses, et on en fait une source d'illusions... Les personnes faibles ne prennent de ces vérités que certains morceaux détachés selon leur goût, et elles ne voient pas que c'est s'empoisonner soi-même que de prendre pour soi le remède destiné à un autre malade d'une maladie toute différente, et de ne prendre que la moitié. Quand on ne prendra que la liberté de ne réfléchir point sur soi-même sous prétexte de s'oublier et de se renoncer, on tournera cette liberté en libertinage et égarement; le qu'importe? étouffera tous les remords et tous les examens; si on ne tombe pas dans des maux affreux, du moins on sera indiscret, téméraire, présomptueux, irréligieux, immortifié, incompatible et incapable d'édifier son prochain... Qu'importe pour les réflexions vaines sur soi-même, par lesquelles l'amour propre voudrait troubler la paix de l'âme? Rien n'est si vrai et si bon que ce qu'importe? mais il peut devenir faux, insensé et scandaleux; il n'y a qu'un pas à faire, et ce pas jette dans l'égarement. Mais l'erreur de ceux à qui le qu'importe? ne convient pas, et qui en abusent, n'empêche pas qu'il ne soit vrai et bon en lui-même quand il est pris dans toute l'étendue de son vrai sens par ceux à qui il convient, etc.» (26 noviembre 1693.)

pulo, no pudo hacer mas que compadecerle en secreto (1).

Llevada la causa á Roma, los diez teólogos á quienes la entregó Inocencio XII se mostraron discordes: cinco en favor y cinco en contra; mas como el impaciente rey instase en una carta fulminante en la que se rebajaba hasta la amenaza, y en la que desagradaba el ver la mano y el influjo de Bossuet, resultaron condenados ventidos artículos del libro, no como heréticos ó impíos, sino como erróneos. El rey escribió de su puño y letra al papa dándole las gracias; pero Fenelon aparece mil veces mas grande que su adversario cuando aceptando sumiso la decision pontificia, lee el breve desde el púlpito, sin variar una sola palabra. Así quedó apaciguada la disputa (cosa que no solia suceder), que en el fondo era una solemne ingenua protesta de nuestra constitucion moral contra el conjunto de la doctrina teológica.

Fenelon se fué apartando mas y mas de la corte, sin dejar por ello de sentir las públicas calamidades ni de insinuar sus remedios; y cuando el ejército frances, derrotado y hambriento fué á acampar á su diócesis, él lo alimentó de sus graneros. Sobrevivió á sus perseguidores y á su discípulo, y murió estimado hasta por los mismos que lo habian combatido.

## CAPÍTULO IX

Desavenencias con la corte de Roma.

Faltábale á Luis XIV reglamentar la Iglesia. Ya las grandes escuelas que en el siglo anterior habian elegido por blanco los fundamentos de la creencia, habian cedido el puesto á las escuelas prácticas, y la idea religiosa sirvió de velo á las cuestiones de soberanía; pues que se discutió si el mundo debía ser gobernado por la Iglesia, independiente, ó si César debía reinar al lado de Jesucristo; y dado el primer caso, si la Iglesia se gobernaría como monarquía, ó por medio de municipios. Lutero para conmover hasta las raíces el mundo de la edad média, en que habia prevalecido la autoridad eclesiástica, negó toda distincion entre lo espiritual y lo temporal, y convirtió á todo lego en sacerdote, entregándole la Biblia: de suerte que fuera de la Iglesia Católica, la cuestion estaba resuelta en favor del poder temporal. Mientras seguia la lucha contra los reformados, reinaba una especie de acuerdo entre los príncipes y el papa á fin de mantenerse unidos ante el campo enemigo. El concilio Tridentino

(1) En 22 de diciembre de 1701 el duque de Borgoña escribia á Fenelon: « Enfin je trouve une occasion favorable de rompre le silence, où j'ai demeuré depuis quatre ans. J'ai souffert bien des maux depuis; mais un des plus grands a été celui de ne pouvoir point vous témoigner ce que je sens pour vous pendant ce temps, et que mon amitié augmentait par vos malheurs au lieu d'en être refroidie. »

no habia resuelto si el papa era superior ó no al concilio, es decir, si el papa independientemente de este era infalible en sus decisiones; pero salta á la vista que no siendo concilio católico el que no esté presidido por el papa, no es posible apelar al concilio de las decisiones pontificias.

Durante la calma que siguió despues, versaron las discusiones sobre el modo de coexistir la Iglesia y el Estado, la unidad real y la papal. Los teólogos, considerando como un triunfo las resoluciones tridentinas, que sin embargo habian encerrado la Iglesia dentro de sus límites, quisieron dar vuelo á otras pretensiones que habian tenido de su parte la justicia y la conveniencia, en épocas en que donde quiera reinaba el desórden y la insubordinacion. Los jurisconsultos y los magistrados, por el contrario, no alcanzaban á comprender la vasta unidad católica, tal cual la establece la Iglesia, ni que su condicion necesaria fuese la supremacía papal, y se sirvieron de estas cuestiones como de instrumento para las proyectadas reformas.

Francia, en donde la Reforma era reprimida en lo exterior, sin que lo fuese en las ideas, sirvió de palenque á aquellas luchas, con tanto mas motivo cuanto que era el país que mejor representaba la unidad monárquica en el territorio, en la administracion y en la literatura. En tanto que se atacaba la plena libertad proclamada por la Reforma, personas sábias y piadosas creyeron en la posibilidad (sin romper la unidad católica) de fundar una Iglesia nacional que reconociese por cabeza visible al papa; pero como autoridad suprema en cuanto á los dogmas al concilio general. En cuanto á la actuacion civil, la misma Iglesia, llamada *galicana* en oposicion á la que señalaron con el nombre de *ultramontana*, debía quedar reducida á un ramo de administracion, teniendo por cabeza al rey y por jueces las asambleas nacionales. El camino estaba allanado por las antiguas libertades galicanas de que ya anteriormente hemos hecho mencion; libertades que habiendo dominado mas ó menos, eran restricciones puestas á lo que se conocia por el nombre de usurpaciones de la Santa Sede, y que se reducen á negar á los papas toda autoridad temporal en Francia, y á sujetarlos en lo espiritual á los cánones y decretos de los antiguos concilios. Así se conseguia realmente someter á los eclesiásticos á la autoridad civil, y quitarles el apoyo que encontraban en un poder lejano é independiente.

Pedro y Jáime Dupuy publicaron en defensa de estas libertades un libro (1), mas propio de eruditos que de teólogos, que ponía de relieve y sostenía las conquistas que la autoridad secular habia hecho poco á poco sobre la eclesiástica. La obra fué reprobada á solicitud

(1) *Derechos y libertades de la Iglesia Galicana.*

del nuncio, y á pesar de Richelieu que la habia protegido, y que ademas habia hecho condenar otra obra anónima (1), confutarla y quemarla por mano del verdugo como sediciosa y encaminada á sembrar el ódio contra el rey y el ministro, á pretexto de un cisma. Hizola tambien refutar por cuatro eseritores, uno de los cuales (extraña cosa) fué el jesuita Rabardeau (2), que demostraba que no tendria nada de cismática la creacion de un patriarca en Francia, sin necesidad del consentimiento de Roma, así como no habia sido necesario para instituir los de Constantinopla y Jerusalem: proposiciones condenadas por la Inquisicion.

Pero no estaban determinados con toda exactitud los límites de las dos autoridades, y el bien de la religion y la equidad aconsejaban al poder espiritual y al temporal la transaccion acerca de los puntos mixtos, á fin de evitar con tiempo las escisiones. Otro tanto habian hecho casi siempre los reyes de Francia; pero los parlamentos á quienes hemos tantas veces visto conmoviendo el reino, con objeto de conquistar siquiera una pequeña parte de autoridad, al conocer que nada adelantaban combatiendo al rey, quisieron á lo ménos introducirse en las cosas religiosas. Empezaron favoreciendo la Reforma; pero como esta causa sucumbió ante la voluntad del pueblo, sostuvieron que la supremacia del rey de Francia debía extenderse hasta la misma Iglesia, dentro de su territorio. Amenazaba, pues, una escision en la unidad católica, no ya en nombre de la libertad humana, sino en nombre del despotismo temporal.

Richelieu se habia mostrado descontento de Urbano VIII porque no habia permitido á su sobrino declararse cardenal protector de Francia, ni que el rey proveyese los beneficios en los obispados de Toul, Verdun y Metz, recientemente conquistados. En Roma habia sido asesinado un criado del mariscal de Estrées sin que se hiciera justicia. El cardenal de la Vallete murió en el Piamonte mandando los ejércitos, y el papa no permitió que se tributasen al prelado guerrero las solennes exequias de costumbre: todo eran semillas de rencor. Lisonjeándose Richelieu con la esperanza de llegar á ser patriarca de Francia, empezó pidiendo ser legado, como lo habia sido el cardenal de Amboise; pero recibió una negativa. Hizose elegir abad de varias órdenes; pero los extranjeros no querían reconocerle: razones suficientes á exasperar á un hombre tan imperioso. Prohibió entonces el expedir sumas á Roma para negocios de cancelleria; trabajó para que se pidiese la abolicion ó la rebaja de derechos de las anatas, que se convocase un concilio para

(1) OPTATI GALLI, *De cavendo schismate liber paræneticus.* Es del doctor Carlos Hersant.

(2) Optatus Gallus, *De cavendo schismate, benigna manu sectus.*

poner coto á las usurpaciones de Roma, y para abolir el concordato. Secundáronle varios prelados y aun el rey mismo, sin traslucir el fin de sus proyectos; pero por mas que Richelieu aprovechaba todas las ocasiones de contrariar al papa, este con su moderacion supo evitar el cisma que veía inminente, cuyo peligro solo desapareció con la muerte de dicho Richelieu.

Pronto empero renacieron las desavenencias: porque Luis XIV, ademas de ser partidario de las ideas absolutas, se hallaba constantemente dispuesto á atacar á la Iglesia, movido, ora por su vanidad, ora por sus ministros y consejeros. Ya hemos dicho qué quisquillosa porfia mostró en vengar la muerte de un paje de su embajador en Roma; y si hay quien lo celebre como celoso del reino, recuerde que en aquel mismo tiempo ultrabaja el gran sultán á su embajador, contestando á sus quejas con insultos, y Luis se lo toleró: con cuyo motivo Alejandro VII se lamentaba de que el rey cristianismo no fuese tan quisquilloso para con los infieles.

Desde lo antiguo los reyes de Francia gozaban de regalías, esto es, administraban los obispados vacantes, percibiendo sus frutos, y expidiendo los nombramientos para los beneficios que de aquellos dependian. Solo estaban exceptuadas algunas Iglesias por privilegio, y las de las provincias agregadas últimamente, hasta que el rey declaró que le correspondia aquel derecho sobre todas las diócesis del reino. Los dos obispos jansenistas de Alet y Pamiers fueron los únicos que se atrevieron á oponerse al déspota; pues así como ántes se habian opuesto al formulario, considerándolo harto beneficioso para el papa, así entonces apoyaron á este contra la autoridad real, y excluyeron del cabildo á los nombrados por el rey (1). El de Pamiers fué desterrado, argumento que era la mas frecuente contestacion de Luis; el de Alet se libró de igual pena, gracias á sus muchos años; y el papa apoyó la oposicion escribiendo repetidas veces al rey que desistiese de sus pretensiones contrarias á los derechos de la Santa Sede: que aun cuando se pudiese probar que se apoyaba en un uso antiquísimo, siempre sería abuso el extenderlo á las diócesis nuevas; pero al ver que no era escuchada su voz, amenazó con las armas que Dios le habia confiado. El parlamento se declaró contra los breves y contra los Jesuitas que los propagaban: otros frailes defendian ya una opinion, ya otra, maltratados hoy por el papa, y mañana por el rey, el cual, queriendo poner término á la contienda, reunió al clero frances en Paris para oír su dictámen: congreso que necesariamente debía ser servil. Solo acudieron al llamamiento ocho arzobispos, veintiseis obis-

(1) El cardenal Bausset, *Hist. de Bossuet*, lib. VI, 5, celebrando la virtud de aquellos prelados, dice que hay casos en que las reglas de la prudencia cristiana enseñan á sacrificar algunas pretensiones; y que la condescendencia de los demas obispos estaba justificada por la conocida moderacion del rey.